



CAPÍTULO XIV

LA ACCIÓN EXTRAESCOLAR

Al tomar para sí el producto total de los impuestos, al intervenir las actividades de todo género, el Estado contrae obligaciones que en materia educativa sobrepasan el plan escolar ordinario. Además de las escuelas de todo género, el gobierno de nuestra época debe tomar a su cargo campañas de excepción como, por ejemplo, la que hace falta para extirpar el analfabetismo. Tan extenso llega a hacerse el mal que no basta aplicarle la acción de la escuela. Es necesario en este caso acudir al auxilio de todas las personas ilustradas de la nación, pero toca al poder central educativo organizar el esfuerzo privado. Lo mismo que frente al peligro de una epidemia tocaría al departamento de Sanidad mover a la población entera a favor de los trabajos de saneamiento preventivo, la Secretaría de Educación deberá mover periódicamente las voluntades cultas en beneficio de analfabetos y retrasados. En general, un buen sistema educativo no necesitará de medidas extraordinarias sino para corregir el analfabetismo de los adultos, pues se supone que cuenta con escuelas suficientes para la niñez. En todo caso, la dirección de la campaña desanalfabetizadora debe tener el carácter de auxiliar de la escuela, sin pretensión de sustituirla. Pero es menester que exista en cada ministerio de Educación un órgano especial, teóricamente provisional, hasta que el adulto analfabeto desaparece, al rendir frutos el plan escolar. Mientras subsista un porcentaje crecido de anal-

fabetos, deberá subsistir una institución educativa oficial encargada de civilizar por los radios que no abarca el sistema ordinario de la enseñanza.

Numerosos son los medios de que hoy se dispone para difundir rápidamente el conocimiento del alfabeto y las operaciones elementales del cálculo, las nociones de geografía y de historia que usualmente acompañan la lección desanalfabetizadora. Las proyecciones cinematográficas acompañadas de la explicación de un maestro, en plazas públicas donde el clima lo permite, en el salón de la escuela ordinaria o en el municipio, en horas nocturnas, tienen la ventaja de congrega un gran número de alumnos, que se educan a poco costo. Se acompañan por lo común las proyecciones de escritura y lectura con pequeños conciertos de canciones populares que atraen público. Y ya reunido éste, antes o después de la lección propiamente dicha, se darán conferencias sencillas sobre historia o sobre asuntos de interés diario. En las ciudades la tarea es fácil. Y como, aun allí, los recursos ordinarios no alcanzan para pagar el número necesario de maestros, se ha ensayado con resultados notables el sistema de los maestros honorarios, personas de buena voluntad que se prestan a dedicar una o dos horas al día para la enseñanza gratuita de la lectura y la escritura, de acuerdo con los planes del departamento de Educación. Para estimular la labor de estos maestros, conviene darles, aparte de los auxilios posibles en materia de libros y materia escolar, un diploma oficial de «maestro honorario». Los que acrediten servicios honorarios durante uno o dos años aseguran preferencia para ser empleados como maestros si además reúnen los requisitos necesarios de preparación, etc. En general ocurre que desempeñan este servicio voluntario personas que no tienen idea de solicitar puestos de enseñanza, sino que obran por desinterés y patriotismo, por caridad espiritual hacia sus semejantes. Y es evidente que la eficacia de maestros así reclutados no puede ser superada. Contando, de esta suerte, con el auxilio de la población y algunos recursos, la tarea de extirpar el analfabetismo en los centros de población es relativamente fácil.

Pero subsiste el problema de hacer llegar la enseñanza a las regiones apartadas del país. Particularmente, las regiones habita-

das por indígenas suelen mantenerse incomunicadas. Gracias a la penetración del misionero católico en los días de la Colonia, casi no quedan tribus que desconozcan el castellano; pero hace más de un siglo, desde que comenzó la desorganización republicana, muchos de estos poblados no han vuelto a ser visitados por un maestro. No puede, pues, un ministro de Educación desentenderse de situación semejante. Para afrontarla conviene crear maestros ambulantes que visiten la región informando de sus necesidades. Pero habiendo sido opositor constante del sistema tan en boga de hacer estudios donde faltan obras, no me preocupé de enviar exploradores, que al cabo de uno o dos años habrían venido a presentar cuadros cuyo resumen ya se conoce de antemano, o sea, el total abandono en que se encuentran las regiones visitadas. Decidimos entonces hacer a un lado los largos informes escritos (*reports* a la Dewey, que nadie lee), y exigimos a los maestros ambulantes que dejasen establecidas escuelas antes de enviarnos el informe de que no las había. Para comenzar, designamos a los nuevos maestros con el nombre de misioneros, en honor de los verdaderos civilizadores que ha conocido el Nuevo Mundo. Y no se ocupaban éstos de enviar al rey informes sobre la extensión del atraso y sobre los recursos que hacían falta. Quizás porque llevaban prisa de salvar almas y no los cegaban abstracciones como el progreso y la cultura, nada confiaban al correo, que a veces no vuelve. Se establecían en el seno de la población que se proponían educar. Comenzaban aliándose a su miseria y a su destino. Nada parecido puede lograr el Estado moderno, que no dispone de mártires, ni siquiera de célibes, sino de un personal de maestros, excelente sin duda y moralmente superior al resto de la población, pero subordinado a la economía usual, cargado de preocupaciones familiares y sociales de toda índole.

No podemos soñar con un material comparable al de los antiguos misioneros, pero al menos podría darse el caso de que grupos de jóvenes, maestros o no, pero personas cultas y abnegadas, quisiesen dedicar unos cuantos años de su vida a la labor humana y patriótica de convivir a plazo fijo o voluntario con los indígenas más desprovistos de medios en el interior de nuestras serra-

nías. Se hizo al efecto un llamado al sentido heroico de las almas jóvenes y se invitó a los maestros, a los artistas, a los literatos, para que se alistasen en las filas de los misioneros de la cultura difundida por el Estado. Se les abonaban los gastos de transportes y un sueldo del doble de la asignación ordinaria de un maestro urbano. En general, es recomendable pagar al maestro rural más que al urbano, pues sólo de esa manera se descongestionan las ciudades de esa multitud de normalistas de ambos sexos que ambiciona empleos cómodos.

Al mismo tiempo, no hay mejor ejercicio para un maestro joven que el descubrir en el campo las necesidades de la escuela y tener que improvisarlas. En nuestro caso de los misioneros modernos mexicanos debemos constar que no hicieron falta candidatos de primera, sino fondos para pagarlos en el número necesario. Se constituyó, pese a la pobreza, un personal de 1,500 maestros que, convenientemente distribuidos, se hicieron sentir por todos los rumbos de una nación como México, que no obstante sus buenos ferrocarriles y carreteras posee aún grandes zonas apartadas del mundo por causa de selvas y serranías y por la extensión misma de las regiones despobladas.

Fue fácil conseguir maestros. Pero ¿qué iban a hacer éstos, sin otro recurso que sus sueldos, en lugares que carecían de todo en materia escolar? Según el criterio mercenario moderno, el plan resultaba absurdo, y eso que la circular advertía que no emularíamos los métodos costosos de la enseñanza norteamericana ni siquiera los sistemas del misionerismo protestante, que mantiene costosas instalaciones en ciertas regiones indígenas de nuestra América, simplemente como propaganda política y gracias al sostén pecuniario de las grandes empresas norteamericanas interesadas en nuestros territorios. Al contrario, se recomendó a nuestros misioneros que se inspirasen en el ejemplo de sus antepasados espirituales, los verdaderos misioneros de Indias, franciscanos, dominicanos, jesuitas de los siglos xvi al xviii. ¿Cuándo contaron éstos con envíos de España o con la protección de banqueros y negociantes, que con sus donativos cubren los déficit de una labor nula? Y, sin embargo, dejaron lo que no ha dejado todavía

ninguna misión moderna. Civilizaron millones de hombres y levantaron construcciones de piedra que todavía sirven de colegio en muchos sitios del continente, crearon iglesias que son todavía modelo de la más bella arquitectura, iniciaron bibliotecas, construyeron, en fin, cuanto somos en materia de cultura. Recordando a los católicos, dijimos a nuestros misioneros: «Por donde vais no hay escuelas. Hacedlas construir. No esperéis a que el ministerio os envíe fondos. Nunca habrá en el gobierno bastante para satisfacer la codicia y el despilfarro de milites y de políticos, y poco o nada quedará para la enseñanza.» Igual, más o menos, era la situación bajo los administradores de la Colonia, y, sin embargo, los educadores de aquel tiempo construyeron conventos que eran escuelas, iglesias que eran centros de arte, con música mejor que la ópera, y, además, universidades. Poned a los pueblos a contribución voluntaria. Haced que un vecino dé madera y otro piedra y otro ladrillo y otro cal, y los que nada tengan podrán obsequiar un día de trabajo, una tarde cada sábado. A cada aldea que así levante una escuela, el ministerio le obsequiará con material escolar y le nombrará un maestro.

Por lo pronto, el misionero iba encargado de improvisar incluso maestros, pues no salía de un sitio mientras no estaba levantada la casa escolar y antes de haber adiestrado algún joven del pueblo que obtenía la escuela y un pequeño sueldo de ayudante. El sistema de habilitar maestros en la localidad ofrece la ventaja de que deja creadas *células permanentes de cultura*. De otro modo, cuando el maestro sale para la Normal, así sea la Normal rural, comúnmente ya no vuelve a su pueblo: se emplea en la ciudad. El misionero federal iba dejando a su paso, enraizado en la población indígena, una serie de iniciados de la campaña cultural patriótica. Con el misionero iba, por lo común, la biblioteca ambulante. Los informes del misionero servían más tarde para establecer escuelas permanentes o para insistir en ciertos aspectos del servicio. Por ejemplo, el misionero informaba: en tal pueblo hacen falta carpinteros o herreros; en seguida el ministerio de Educación enviaba de su sección de enseñanza técnica un maestro de oficios que recorría la región trabajada por el mi-

sionero, proveyéndola de artesanos nativos. En la misma forma se enviaban peritos agrícolas para iniciar el huerto escolar y para dar consejos a los cultivadores adultos. En cada caso procuraba el misionero dejar la impresión de que la cultura no era un saber ocioso de manejo de papeles y fórmulas, sino un medio de hacer el trabajo más fácil y productivo por mediación de la técnica. Al mismo tiempo, procuraba hacer amables los aspectos desinteresados de la sabiduría. Educadores eminentes contribuyeron al programa de los trabajos del maestro misionero. Tal como en definitiva quedó aprobado, tenía los caracteres ya señalados y los complementarios del plan general dado a la enseñanza, según ya se ha explicado antes, o sea, científico objetivo, ético y estético.

Para ilustrar a los indios y, en general, a los campesinos de las obligaciones de la vida social, el misionero celebraba pláticas. Diariamente, al caer de la tarde congregaba a los vecinos en la plaza local para leer con ellos algún diario reciente. Los enteraba de los sucesos del día y los invitaba a comentarlos. Otras veces se aprovechaba la reunión para contar cuentos o para leer en común algún libro. Por lo demás, no estábamos inventando, y si inventábamos era la pólvora, porque ya una tradición castellana, que quizás viene del árabe, produce en nuestros pueblos apartados el lector, que corresponde al cuentista o rapsoda de las zonas africanas. Uno que sabe leer vive entre los indígenas recorriendo aldeas, relatando sucesos o leyéndolos en voz alta delante de los vecinos, que, en seguida le obsequian con algunas monedas. El maestro misionero hacía esta labor gratuita para el vecindario junto con otras menos pintorescas y más eficaces técnicamente.

Como de paso, y al examinar las artes manuales del indio, el misionero estaba obligado a fomentar la decoración autóctona espontánea contra los peligros de bastardeo que ofrece la difusión del cromo comercial, comúnmente de origen norteamericano, desprovisto de gusto. Aprovechando esta circunstancia, infundía en el ánimo de las poblaciones deprimidas el fuerte tónico de la confianza en sí mismas y en sus aptitudes, superiores a cierta concurrencia extranjera. En general, el misionero representa en el Estado contemporáneo un instrumento de conquista moral y de asi-

milación de castas muy favorable para el propósito nacional de la unidad. Un agente gubernamental que da algo, al revés del colector de impuestos y el político, que llegan siempre a pedir. El secreto está en no corromper la institución empleándola en los fines de la política. Y aun por elemental interés político deberían nuestros gobiernos llenar el continente con estos adelantados del latinismo, para hacer frente a la penetración protestante, que dirigida por malévolas influencias pretende apoderarse del indio para emplearlo contra la población blanca de origen hispánico.

La educación indígena

En casi todas las naciones americanas subsisten grupos indígenas sin relación estrecha con la sociedad civilizada. A esos grupos se dirigen especialmente los esfuerzos del imperialismo, que ve lejos, y quisiera educarlos por su cuenta para aprovecharlos mañana en su beneficio. El peligro de esta infiltración educacional no se limita a México. Cualquiera puede enterarse de la obra intensa que realizan los protestantes en Costa Rica y en Ecuador, en Perú y Chile y en el interior argentino. Prosperan relativamente muy poco, porque el temperamento artístico del indio no se acomoda al conocido tipo puritano, desabrido. Lo que de español hay en el ambiente lo rechaza. De ahí el falso indigenismo que precede a sus prédicas y la política de desespañolización. El daño que así hacen no es despreciable, y el más urgente objetivo de nuestras propias instituciones educacionales debería ser la conquista de las almas aborígenes igual que cuando las misiones católicas. Por algún tiempo no nos será posible prohibir al extranjero que abra sus escuelas.

Deberemos, por lo tanto, anular la escuela extranjera abriendo enfrente una escuela mejor. Al mismo tiempo, y para que pueda ser mejor, la escuela nacional deberá abstenerse de copiar servilmente los métodos de la escuela extranjera. En materia de educación indígena se ha desarrollado en México una controversia provocada por la injerencia del protestantismo en el cuerpo de nuestra enseñanza oficial. Pretenden los aprotostantados aplicar sistemas de reservación norteamericana a nuestras poblaciones in-

dígenas. Provocarí­a tal sistema la separación de castas, que supieron evitar los españoles con ventaja para la unidad nacional. Funesto es el sistema de reducción, aunque lo funden en hipótesis antropométricas y etnográficas que recomiendan una ciencia para cada cerebro, una pedagogía para el blanco y otra para el indio. Sostenemos nosotros, frente a esta presunción de ciencia falsa, el viejo sistema cristiano español que desde hace cuatrocientos años decidió reunir en la misma cátedra al indio, al negro y al blanco. No apoyamos, entonces, el sistema yanqui de escuelas especiales para indios, sino el sistema criollo de llevar el indio a la misma escuela nacional que lo asocia al blanco. Llamamos a este sistema de *incorporación*, en vez del de *asimilación* que practican los norteamericanos, y lo defendemos celosamente como más humano y más ventajoso desde todo punto de vista. Por eso nos negamos a crear un departamento especial de Cultura Indígena, como sugerían los protestantes, y aplicamos al indio la misma regla que al resto de la población. En aquellos raros casos en que el indio no conoce el idioma español, comenzamos enseñándoselo. Esto le da ciudadanía iberoamericana y, con ella, el derecho de sentarse en las mismas aulas que el blanco.

Coordinación de los tres departamentos

Quedaron explicadas en los párrafos anteriores las funciones generales del ministerio de Educación y la razón de subdividirlo en los tres departamentos fundamentales: Escolar, Bellas Artes y Bibliotecas. Hecho lo cual, pasaremos a ocuparnos en los capítulos que siguen del funcionamiento de cada uno de los departamentos. Los deberes de carácter accidental que el ministerio de Educación tiene que cumplir serán desempeñados por las oficinas e instituciones que en cada caso se juzguen necesarios, tal como una Dirección para desanalfabetizar, una brigada de misioneros; pero cada una de estas ramas tendrá carácter auxiliar y estará englobada en uno o más de los tres departamentos fundamentales.

La coordinación de estos tres departamentos esenciales resulta de la concurrencia de sus propósitos. Asegurar tal unidad es

tarea del ministerio en su papel de regulador supremo. En el ministerio deberá haber una conciencia insertada al aparato de la educación nacional, rigiéndolo y otorgándole vitalidad por medio de circulares, instrucciones y acción personal despejada. Parecida en su gestión al astro que irradia constantemente energía sin salirse de sus ciclos y sus órbitas. Los programas y las tareas, a semejanza también de ciertas constelaciones apagadas del mundo sideral, serán letra muerta cuando llega a faltarles la atención de un ministro capaz; aunque por algún tiempo retengan el impulso, lentamente desvanecido, del sol que tiempo atrás se extinguió.